

# EL ECO DEL ÁGUEDA.

REVISTA SEMANAL ARTÍSTICO-LITERARIA.

DIRECTOR

DIONISIO J. DELICADO Y RENDON.

EDITOR PROPIETARIO: ANGEL CUADRADO.

REDACCION, ADMINISTRACION E IMPRENTA PLAZA MAYOR, NÚMERO 20.

EN CIUDAD-RODRIGO UN TRIMESTRE 6 RS., FUERA 7 IDEM, SEIS MESES 12 IDEM, UN AÑO 22 IDEM.

**SUMARIO.**—I. *Un grande hombre desconocido, Salvador Maria Granés.*—II. *Los fuegos fátuos, (conclusion) Dionisio J. Delicado y Rendon.*—III. *A un «escribidor,» Dionisio J. Delicado y Rendon.*—IV. *Ella, Nicolás Muñoz Cerissola.*—Noticias.—ANUNCIOS.

## LITERATURA.

### UN GRANDE HOMBRE DESCONOCIDO.

¿Habeis oido citar entre los nombres de los filósofos modernos el de Toribio Lopez?

¿Recordais haber leído la necrología de algun hombre célebre llamado Toribio Lopez?

¿Habeis visto algun monumento erigido á la memoria de Toribio Lopez?

Positivamente no. Y sin embargo, Toribio Lopez fué un gran filósofo. Vosotros lo ignorabais y hasta él mismo se murió sin saberlo.

¡Pobre Toribio! Aún me parece verle en una de esas noches oscuras como una redondilla de Camprodon, frias como un monologo dicho por el actor Pastrana, interminables como las novelas de Enrique Perez Escrich; aún me parece verle envuelto en su gaban de paño pardo, con su gorra de hule, y en la mano el chuzo, simbolo de nocturna autoridad, registrando el suelo á la luz del farol, no en busca, como Diógenes de un hombre, sino de una cartera perdida ó de una cucharilla de plata arrojada entre la basura por alguna imprudente Maritornes.

En esos momentos la figura de Toribio recordaba á Bonaparte. Verdad es que entre ambos existian muchos puntos de contacto. Toribio era pequeño como Napoleon, rechoncho como Napoleon y sereno como Napoleon; digo mal, Toribio era mucho más sereno.

Tenia además otra semejanza con el guerrero del siglo: la de ser horriblemente supersticioso.

—Aborrezco el núm. 3—me decia una noche: —todas mis desventuras me han sucedido en

esa fecha. El 3 de marzo nació; el 3 de junio me dió una cox la mula de mi tío. de cuyas resultas estuve á la muerte; el 3 de agosto me casé. No lo dude Vd., el 3 es un número fatal. Tres son los enemigos del alma, y hasta la palabra *mal* se compone de tres letras, mientras para formar la de *bien*, que es su antítesis, se han necesitado cuatro.

¿Cuál cree V. que fué la causa del pecado de nuestros primeros padres? Los *dos* vivian felices en medio del Paraíso, sin acordarse para nada de las manzanas. Aparece la serpiente, es decir el número *tres*, dá el recadito á mamá Eva, y abur felicidad, abur obediencia al divino precepto. ¿Usted se figura que el talento de aquel animal consumió la seducción? De ningun modo. Si en lugar de una serpiente, hubieran sido quince *de encargadas* de aquella mision diplomática, probablemente á estas horas usted y yo nos paseariamos por las alamedas del Paraíso: pero la serpiente era *una*, los inquilinos del Eden *dos*; sumados ámbos guarismos componen la cifra nefanda, y hé aquí matemáticamente probado que la perdición del género humano se debe sólo á la pernicioso influencia del núm. 3. —¡Ay, señorito—concluía diciendo Toribio—mientras haya treses, yo no seré feliz!

Escuso advertir que he consignado el fondo de las ideas y no la forma del lenguaje de Toribio.

Esta supersticion era un presentimiento. *Tres* dias despues del en que tuvo lugar la conversacion anterior, el *tres* de enero de 1873, á las *tres* de la madrugada, dia y hora en que el termómetro marcaba *tres* bajo 0, el inspector de ronda del *tercer* distrito encontró á Toribio acur-



rucado en el quicio de la puerta de la casa número tres de la calle de las *Tres Cruces*.

Que un sereno se duerma, nada tiene de extraño; pero que no despierte al aproximarse el inspector, eso es inverosímil. Veintisiete años llevaba Toribio cantando la hora todas las noches á los pacíficos vecinos de su barrio, y hasta entonces nadie le había sorprendido *infraganti* entregado á la dulzuras de Morfeo. El inspector, pues, fué indulgente con esta primera debilidad de su subordinado y se contentó con darle, á guisa de primera amonestacion, un puntapié casi cariñoso.

Toribio no se movió.

Segundo puntapié más persuasivo por parte de aquella celosa autoridad, é inmovilidad absoluta por parte del recipiente.

Tercera y última amonestacion, y... nada. Toribio estaba helado como un besugo.

Aquella tarde hizo su postrer viaje de recreo en hombros de cuatro seres descoloridos, al parecer criaturas humanas. Seis ó siete personas formaban la comitiva de aquel fúnebre convoy. Al llegar al cementerio general, el viajero se apeó en la última estacion, que era la fosa común; unas cuantas hazadas de tierra cayeron sobre él; y sus amigos se retiraron llorando. Hasta entonces siempre, ántes de separarse, habia corrido el vino en abundancia: esta fué la primera vez que se despidieron vertiendo agua.

Al día siguiente los periódicos se publicaron en Madrid sin orla de luto, y ningun diputado pidió en el Congreso que se erigiera un monumento á la memoria de Toribio Lopez.

Ahora bien, despues de todos estos detalles, vuelvo á preguntaros: ¿Habeis conocido á Toribio Lopez?

Ya me parece oiros exclamar á coro: «Yo conocí un Lopez.» — «Yo conocí otro Lopez.»

—Señores míos, esos son otros Lopez.

El de que yo os hablo, el que definitivamente ha fijado su residencia en las afueras de la puerta de Fuencarral, Toribio, en una palabra, no es un Lopez cualquier, uno de esos Lopez comunes, vulgares, copleiros, como diría Estrada. No desempeñó ciertamente puestos elevados; no fué ni siquiera gobernador. La revolucion del 68 le encontró sereno, llegaron los acontecimientos del 72, y él siempre sereno; jamás dió importancia alguna á los cambios políticos, sólo le preocupaban los cambios atmosféricos.

¿Pero qué importa su profesion humilde (nunca oscura), si él supo ennoblecerla y elevarla á la categoria del magisterio? Porque Toribio hubiera podido establecer cátedra de una asignatura que no se enseña en ninguna Universidad: *la filosofía práctica de la vida*.

Para él la noche no tenia misterios. Distin-

guia perfectamente el ruido que hace la reja al girar sobre sus goznes dando paso á un afortunado galan, del que produce el suave cuchicheo de dos enamorados que, á la luz de la luna y sin más testigos que Dios, se juran amor eterno. Él sabia la hora á que peligran las virtudes. El hubiera podido explicar la tenebrosa trama de esos dramas de familia que se desenvuelven en el seno del hogar, y cuyo desenlace suele ser la ignominia ó la muerte.

¡Pobre Toribio! Cuando corrias al oír la imperiosa voz del ministro de Hacienda, que te llamaba para que le abrieses la puerta de su casa, al retirarse del Casino, á las altas horas de la noche, ¿cómo habia de figurarse aquel orgulloso hombre politico, que yo, guarecido en la sombra, os contemplaba desde la esquina inmediata, á él, erguido ministro, con lástima; á tí, humilde sereno, con admiracion!

Séame, pues, licito dejar aquí consignado este débil tributo de gratitud á aquel á quien debo cuanto sé de la vida. Los padres escolapios me enseñaron el latin, que he olvidado; en la Universidad de Madrid cursé el derecho, del que no pienso hacer uso en mi vida; lo que aprendí en mis frecuentes conferencias con Toribio, ni lo olvidaré nunca ni pasa un sólo dia sin que tenga ocasion de aplicarlo.

Una sola máxima suya bastaria para inmortalizarle. Voy á reproducirla para terminar, y autorizo á todos los compiladores de sentencias filosóficas, por si quieren incluirla en sus colecciones.

Hé aquí la máxima:

*No os caseis nunca, sin haber hablado ántes con el sereno de la calle donde viva vuestra novia.*

SALVADOR MARÍA GRANÉS.

## LOS FUEGOS FATUOS.

(Conclusion.)

Partió Pedro con sus mesnadas á la guerra y Blanca quedose aguardándole en la torre-solar de Hinestrosa, pero pasó un dia y otro sin que aquel volviera ni enviara mensajero alguno con noticias suyas para la pobre niña, que agonizaba de temor y de impaciencia.

En vano trataba de tranquilizarse á si misma y de esplicarse satisfactoriamente tardanza y silencio tales, por que cada vez se sentía más triste, más inquieta, más desesperada.

Aquella temprana flor, antes llena de frescura y lozania, estaba ahora mústia y marchita. Movia á compasion ver como habia palidécido hasta la lividez, aquel rostro tan sonrosado en otro tiempo, como en torno de aquellos ojos, cuyo brillo habia apagado el llanto, se abrian dos hondos surcos violáceos que acusaban cien noches de insomnio y de agonía.

Ceñido el cuerpo con un luengo mongil y cubierta la cabeza con una toca negra, permanecía horas enteras asomada al ajimez más alto de la torre, contemplando el sitio por donde partió Pedro, acaso para no volver jamás.

Inútilmente pedía noticias á cuantos pasajeros cruzaban por delante de la torre; ninguno se las daba, ninguno sabía el paradero ni la suerte del rico-hombre de Urrea.

Una tarde en que, como de costumbre, escudriñaba con la vista el camino de la frontera, creyó distinguir á lo léjos una nube de polvo, que hizo latir su corazón y brillar sus ojos, con indescriptible alegría. Inclínose sobre el alfeizar del ajimez, como si quisiera arrojarle por él y tras un momento de terrible incertidumbre, convenciéndose al fin de que no la había engañado el deseo. Levantaba aquella polvareda, un tropel de ginetes armados de punta en blanco, que espoleando sus caballos, descendieron de la sierra, cruzaron el arroyo y enderezaron hácia el castillo de Urrea, por medio de la pradera que, como un inmenso tapiz de esmeralda, se extendía al pié de la torre de Hiestrosa.

Los últimos rayos del sol que se hundía en el ocaso, arrancaban mil chispas de sus bramidos arneses y la brisa precursora del crepúsculo, agitaba levemente las cimbras de sus yelmos y los pendoncillos de sus lanzas.

Blanca, que á duras penas contenía los latidos de su corazón, lanzó un grito supremo y anegada en lágrimas, cayó de rodillas para dar gracias al cielo. Había reconocido el pendon verde y rojo de los Urreas, pero no había observado que el escudero de Pedro, traía su caballo de batalla y su lanza; el caballo del diestro y la lanza con el hierro hácia el suelo en señal de luto.

\* \*

En el primer choque de las huestes castellanas y granadías, una saeta enemiga salió al encuentro de Pedro y derribólo in ribundo del caballo; pero antes de que exhalase su postrer aliento entre los borbotones de sangre que arrojaba por la herida, incorporóse trabajosamente sobre el codo y clavando sus vidriados ojos en el rostro de su escudero que se apresuraba á socorrerle, exclamó con debil acento.

—García, ya lo ves, la muerte se me acerca á grandes pasos, no me restan sino algunos momentos de vida y es preciso aprovecharlos. Oye bien lo que á mandarte voy y cuida de cumplirlo como leal que eres. Si los moros cejan y os abandonan el campo, despues de reunir la mesnada, recoge mi cadáver y parte con él sin dilacion para el castillo de Urrea. Quiero reposar al lado de mis mayores y en la tierra que me vió nacer, ¿lo entiendes?

—¡Oh! sí, señor, sollozó García procurando restañar la sangre que brotaba del pecho del rico-hombre.

—Es inútil, dijo este sonriendo con amargura al observarlo, no trates de detener una vida que se me escapa por instantes, sino de grabar en tu memoria mis palabras. En cuanto llegues á Urrea, busca á Blanca y dile que he muerto como bueno,

con la espada en la mano, de frente al enemigo. Dile que mi último pensamiento ha sido ella, mi última palabra su nombre, mi último deseo cumplirle la palabra que le hice. Le juré que volvería, y ya que no pueda vivo, volveré muerto, pero volveré.

García continuaba de rodillas, con el rostro entre las manos y escuchando á pesar de que Pedro había callado ya; pero como durase mucho aquel silencio y no oyerá la angustiada respiracion del herido, enjugóse las lágrimas y miró. El jóven infanzon tenía blancos los labios, rígidos los miembros, inmóviles los ojos, su herida ya no manaba sangre; había muerto en fin.

\* \*

El último señor de Urrea, recibió sepultura, como él mismo había dispuesto, al lado de sus mayores que, por una costumbre de familia estraña en aquellos tiempos, se enterraban en el patio inmediato á la capilla del castillo y no dentro de ella, segun solían todos los nobles castellanos.

\* \*

Era una noche de primavera, clara, serena y tibia como todas las de Mayo; la brisa saturaba el espacio de aromas y murmulos, mientras la luna flotando entre girones de plata, oscurecía la luz de las estrellas que brillaban con el centelleo de los diamantes, sobre la azulada bóveda del cielo.

Al resonar el primer canto del gallo, la puerta de la torre-solar de Hiestrosa, se abrió sin ruido para dar paso á una mujer, que rebozada en un manto negro, descendió lentamente por el sendero del valle, cruzó el arroyo y se dirigió al castillo de Urrea.

Llegado que hubo á él, lo rodeó hasta dar con una poterna abierta en el muro del oeste, por la cual penetró, cerrándola tras sí.

Aquella mujer que tenia en su escarcela llave con que abrir el postigo más importante de la fortaleza, era la desventurada Blanca, que iba á orar todas las noches sobre la tumba de su amante.

\* \*

—¡Pedro! gemía de rodillas y regando con sus lágrimas un pedazo de tierra sobre el cual no crecía el cespel de que estaba alfombrado todo el resto del patio, ¡tú me prometiste volver y el que empeña su palabra debe cumplirla, porque quien la acepta, no la olvida jamás! ¡Tú me juraste volver y sin embargo, no has podido cumplir tu juramento! ¡Bien me lo decía el corazón! ¡ay de mí! ¡ya no te veré más!

Y clavó sus ojos en el suelo con desgarradora espresion.

En aquel mismo momento y como si viniera á contestarle, brotó de la tierra una llamarada cárdena y fosfórica, parecida á esas luces movedizas y humentes que en las tinieblas de la noche corren sobre las fétidas aguas de los pantanos.

—¡Jesus mil veces! exclamó llena de terror poniéndose en pié y retrocediendo algunos pasos.

Pero la llama corrió hácia ella como impelida por una fuerza misteriosa.

Entonces Blanca sintió que su corazón dejaba de

latir, que un sudor glacial bañaba su cuerpo, que se erizaban sus cabellos, se entrechocaban sus dientes y que un vahido trastornaba su cabeza de tal modo, que á no apoyarse en la pared hubiera venido al suelo.

Durante aquel breve espacio en que la abandonó el conocimiento, figuróse que la llama se agitaba, se dilataba y creciendo cada vez más, perdía poco á poco su forma y su color hasta convertirse en un hombre.

Aquel hombre envuelto en un sudario menos blanco que su rostro, desgarrado el pecho por una profunda herida que manaba sangre, era Pedro que acento cariñoso pero tristísimo le decía.

—Detente, Blanca mía, detente, soy yo que vuelvo á tu lado como te prometí; me acusabas sin razón, pues ya ves que ni aun en el otro mundo he olvidado mi promesa. Esta llama en que me escondo, es la llama de tu amor que me consume todavía. Dios me ha permitido que venga á verte, pero ¡ay Blanca! me ha sujetado también á una ley que no puedo eludir. He de acercarme á ti, mientras me huyas, pero me he de alejar si tratas de tocarme.

—¡Oh, no, no, Pedro mío, exclamó Blanca recuperando sus fuerzas pero no su razón, ¡yo te amo! ¡espera, espera! y avanzó hácia la llama que se mecía en el aire, con los brazos abiertos y como si esperara estrechar en ellos el cuerpo de su amante.

Pero apenas hubo dado un paso, la llama se alejó con la misma velocidad que se acercara.

—¡Ah, exclamó la pobre niña, presa de la alucinación y del delirio ¿huyes, huyes de mí? ¿no me amas ya? ¡espera, espera!

Y seguía avanzando con las manos estendidas, pero la llama huía sin cesar delante de ella.

Blanca redoblaba sus esfuerzos, aceleraba el paso poniendo en alcanzarla empeño tan insensato como sería el del que pretendiera dejar atrás á su propia sombra.

—¡Ah, suspiró al fin cayendo al suelo extenuada de dolor y de cansancio, ¡no me ama ya! ¡Dios mío! ¡no me ama!

Y cerró los ojos para no volverlos á abrir jamás.

\*.\*.\*

Algunas noches despues, en aquel mismo sitio, dos lenguas de fuego, dos llamas azules, medrosas e inquietas, brotaban de la tierra y se elevaban á cierta altura para retorcerse, enlazarse y confundirse en una sola.

Aquellas dos llamas salían de las sepulturas de Pedro y de Blanca que dormían juntos el sueño de la muerte, y al decir de los soldados de Urrea que nunca habían oído hablar de *fuegos fatuos*, eran las almas de ambos amantes que se acariciaban en el espacio.

DIONISIO J. DELICADO Y RENDON.

## POESÍA.

### A UN «ESCRIBIDOR.»

Me lo dijeron, y yo,  
á creerlo me negué,

¡Gil escribir! por mi fé  
que quién tal dijo mintió!

Esto contesté al primero  
á quien oí que escribias,  
mas al cabo de unos dias  
ví que yo era el embustero.

Llegó á mi mano un papel,  
en él tu firma hallé... y...  
¡que papel! yo nunca ví  
mas disparatés que en él.

Pluma del arte cismática,  
ingénio de similor,  
¿como te echaste á escritor  
antes de saber gramática?

Si Cervantes un momento  
para oírte reviviera,  
¡vive Dios! que se volviera  
á morir de sentimiento.

Al ver ¡ladron del Parnaso!  
que has desnudado el lenguaje  
que habló, de su rico trage  
y lo vístes de payaso.

¿Quién podría á no ser tú:  
deír *barcon*, *hespital*,  
*diferencia*, *maniantal*  
*Don Grabiél* y *el andibú*?

Nadie sino tú escribiera  
*nesecidad*, *paderon*,  
*aruñar*, *sastifacion*,  
*espinzas* y *biñuelera*.

Tú dices *haiga*; *quedré*,  
*plurito*, *pizia*, *jabujero!*  
¿dónde has visto majadero  
que tenga agujero B?

*Almenaque* y *medecina*,  
son medicina, *almenaque*,  
¡grandísimo *badulaque!*  
y así, nunca ha sido *asina*.

¡Escribidor del infierno!  
tu pluma es cosa que aterra;  
quita una A á *Ingataterra*  
y pon una N á *iwerno*.

¡Echártela de poeta  
pretendes, talento mochol  
y das una S á *biscocho*  
¡en vez de darle una Z!

Eres el hazme-reir  
del que te oye exclamar  
*quinqueses*, *güey*, *planchear*,  
y *lo vile de venir*.

¿Quién habrá que no te tache  
si *hallo* escribes con Y griega,  
y con J escribes *ciega*  
y escribes *amor* con H?

Todo el mundo te ahomina  
y te pondrán un bozal,  
si sigues con *catredal*,

y *madrasta y morsolina.*

Deja ya Gil de escribir  
ó aprende á hablar, que dá grima  
escuchar *pavilo, isgrima*  
*niervos, ingüento, añidir.*

No escribas, no escribas más,  
acata el antiguo fallo,  
de que *el que no es para gallo*  
*ca...* tú sabes lo demás.

Ya de autor la profesion  
abandona. ¿No conoeces  
que otra cosa fuera *coces*  
*tirar contra el agujon?*

No te empe es en hablar,  
porque segun yo discurro,  
aunque intente hablar un burro  
solo podrá rebuznar.

DIONISIO J. DELICADO Y RENDON.

ELLA.

Dos soles son sus ojos hechiceros  
Que luz brillante irradian,  
Y cual las notas de armoniosa lira  
Así su voz resueca cuando habla.

La rosa de los valles  
Y la aurora gentil de la mañana,  
Pintaron sus mejillas  
De brillante carmin y puro nacar,

El capullo de «Onoto»  
Desde la virgen selva americana,  
Para teñir sus labios,  
Cruzó del mar las soledades anchas.

Los Náyades y Ondinas  
Que á su simpar belleza rinden párias,  
Pusieron en su boca  
Del piélagó las perlas más preciadas,

Jazmines y violetas  
El blanco nardo y la azucena casta,  
Prestaron á su aliento  
Los aromas riquísimos que exhala.

Su seno que se oculta pudoroso  
Entre ligeras gasas,  
Incita á la pasion, es del deseo  
Incandescente llama.

Es blondo su cabello,  
Es su cuerpo gentil como la palma,  
Son correctas sus formas  
Tiene de Psiquis la lasciva gracia.

Es la Venus de Gnido,  
Es la hechicera Atlante enamorada,  
Es un sueño de Apeles...  
Pero no tiene corazon ni alma.

NICOLÁS MUÑOZ CERISSOLA.

## NOTICIAS.

El lunes 12, fué relevado el destacamento de artillería que daba el servicio de esta plaza, por otro nuevo compuesto de veintiun hombres procedentes del 4.º regimiento de á pié, hoy de guarnicion en la Coruña.

Ha llegado á esta ciudad y para hoy se propone dar una funcion en el patio de San Agustin, Mr. Agustin, célebre por sus extraordinarias fuerzas, que le han valido el dictado de *el hombre de hierro.*

En Carrion de los Condes, falleció el dia 10 del corriente, nuestro jóven paisano D. Eloy Sala hijo de D. Matías, administrador de rentas que fué en esta ciudad.

Segun noticias recibidas de Lisboa, el dia 1.º de Agosto se firmó por el gobierno portugues y la sociedad financiera de Paris, el contrato de construccion del ferro-carril de la Beira-alta.

Ha sido nombrado habilitado de los maestros y maestras de instruccion primaria, D. Miguel Ballesteros.

Tambien se ha nombrado maestro interino de la escuela elemental de Monsagro, D. Domingo Santos Sayagues.

El acreditado colegio de Santoña, en el cual desempeñan catedras nuestros distinguidos paisanos y amigos los Sres. Diaz Guzman, ha sufrido modificaciones importantes en lo referente á la administracion. Sin variar en lo que á la enseñanza toca, que comprende instruccion primaria elemental y superior, segunda enseñanza con efectos académicos, estudios para carreras especiales, idiomas, música, dibujo, equitacion y gimnasia, ha rebajado la pension de los alumnos internos á dos mil reales anuales, desde dos mil quinientos que ántes pagaban, quedando á cuenta de ellos la limpieza y cuidado de sus ropas.

La administracion general de loterías, está haciendo ya circular el prospecto de premios para el sorteo que se ha de celebrar en Madrid el dia 23 de Diciembre de 1878.

Constará de 40,000 billetes, al precio de 500 pesetas cada uno, divididos en décimos de á 50. Se distribuirán 14.600,000 pesetas en 6,119 premios, de los cuales el mayor es de 2.500,000 pesetas.

## ADVERTENCIA.

Suplicamos á los señores que no han abonado el importe de sus respectivas suscripciones, se sirvan hacerlo, si quieren continuar recibiendo nuestra revista ó en caso contrario avisar oportunamente á esta redaccion.

## ANUNCIOS.

MÁQUINAS PARA COSER  
de todos los sistemas.

AVISO

MÁQUINAS PARA COSER  
de todos los sistemas.

A TODAS LAS FAMILIAS Y ARTISTAS

QUE NECESITEN

MÁQUINAS PARA COSER

EN CIUDAD RODRIGO.

En la calle de Talavera, núm. 1.º, las encontrarán á los mismos precios y con iguales condiciones que en Madrid, Barcelona y Sevilla. Se venden á plazos ó como mas acomode al comprador.

**PRECIOS.** Favorita, de cadeneta y mano á 200 rs.—Veloz, de idem 240 rs.—Nacional, de idem de doble respunte 320 rs.—Canadense, de idem 360.—Union y Brunonia, de idem. 400.—Progreso y Victoria, de idem 500.—Wilson y Silenciosa, de pie á 600, 700, 800, 900, 1000 rs.—Singer perfeccionadas con los últimos adelantos á 700 y 800 rs.

**AL PÚBLICO.** En el acreditado establecimiento de ANGEL CUADRADO, Plaza Mayor, núm. 20, se ha recibido, entre otras cosas, un excelente y bonito surtido en CROMOS de varias dimensiones. Así mismo TARJETAS DE FELICITACION en más de cien caprichos.

Además papel para cartas de lo más elegante. De hilo, de las mejores fábricas de Aragon, Cataluña, Valencia, Sardon y otras.

**ORO.**

GRAN BARATO EN  
RELOJERÍA.

GARANTIZADOS POR CUENTA DE LA FÁBRICA.

Se ha recibido un variado y escogido surtido en RELOJES de lo más selecto, tanto en los de sobre-mesa como en los de bolsillo, cuyas clases y precios son los siguientes:

De cuadro y sobre-mesa de última novedad, desde 80 á 400 rs.—De plata para caballero de 140 á 500 rs.—Cronómetros de idem de 400 á 600 rs.—De oro para idem de 700 á 1500 rs.—De idem con esmalte y simel para señoras, de 600 á 800 rs.

Representante de fábrica en Ciudad-Rodrigo,  
SALVADOR BAZAN, Talavera 1.º

Mercado de Ciudad-Rodrigo, 13 de Agosto.—Trigo caudal, de 41 á 43 rs. fanega.—Idem barbilla, de 40 á 41 id.—Centeno, de 27 á 28 id.—Cebada, de 20 á 22 id.—Algarrobas, de 22 á 24 id.—Garbanzos, de 60 á 90 id.—Patatas, de 2 á 3 rs. arroba.—Aceite, de 62 á 64 rs. cántaro.—Harinas, de 1.º á 16 rs. y ½ arroba.—De 2.º á 16 id.—De 3.º á 15 id.—De 4.º á 10 id.—Menudillo á 6 id.

VAREIDAD EN TARJETAS AL MINUTO.

EN ESTE ESTABLECIMIENTO SE HACEN  
á 10 rs. el ciento.

En la misma librería, se sigue espendiendo con una aceptacion asombrosa, la verdadera y legitima

**TINTA UNIVERSAL,**  
(EN POLVO.)

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA,  
LA MODA ELEGANTE  
ILUSTRADA.

En la redaccion de el „El Eco del Águeda,“ se admiten suscripciones á ambos periódicos sin recargo en el precio por comision, franqueo ú otro cualquier concepto. Los señores que se suscriban, gozarán de los mismos derechos y garantías que si lo hicieran directamente en la administracion central.

qué en vez de estar durmiendo á pierna suelta, atravesáis todo Francfort, á las dos de la mañana y con semejante tiempo? ¿En qué puedo servirlos, Magno?

—Quisiera que me dijerais que es esto,—respondió Magno alargándole el libro que llevaba debajo del brazo.

—¡Cómo! querido,—exclamó el viejo abriendo los *Coloquios*,—¿habeis olvidado hasta tal punto el latin que os enseñé, que ya no entendeis á Erasmo? ¡Magnífica edicion!—añadió sin detenerse.—¡este libro lo habeis comprado en la almoneda de Otto! ¿no es cierto?

—No, no lo he comprado,—replicó Magno apresurándose á referir como habia llegado á sus manos y las extrañas sensaciones que le habia producido. Luego sin cuidarse de la sonrisa incrédula de Wolfang, se lo arrebató, cerrólo y mostrándole los misteriosos caracteres de la cubierta, le dijo.

—No es el testo lo que me interesa, sino el forro. Estos signos que aqui veis han aparecido acercándolo al fuego. ¿Qué quieren decir, á que lengua pertenecen, maestro?

—¡Es raro!—respondió el viejo despues de examinar con un lente, no las letras, sino el pergamino mismo por los lados en que no estaba escrito.—¡Es raro! no conozco la materia de que está hecha esta cubierta. Ni es la piel de cabra, ni la de cordero que usaron los romanos; tampoco es la de cerdo en que la edad media escribió sus maravillosos misales. Estas escaras trabazonadas, estas pequeñas asperezas que el curtido no ha logrado borrar por completo, estas papilas multiformes, redondas unas, cónicas las otras, me hacen sospechar... además, por el revés de esta piel no se descubre señal alguna de los pelos, que en la piel de los animales atraviesan el dermis y llegan hasta los bulbos que los alimentan. Hacedme el favor de encender una luz, hijo mio.

Magno que no separaba la vista del viejo, apresuróse á obedecer, encendió uno de los candelabros de bronce que decoraban la chimenea y lo colocó sobre la mesa, mientras Wolfang arrancaba un pedacito del forro del *Erasmo*.

Despues de haberlo humedecido en un vaso de agua, acer-

cólo á la luz.

Al contacto de la llama, aquel trozo de pergamino se arrolló, se retorció, como queriendo escapar, pero al fin comenzó á arder chirriando fuertemente y esparciendo un olor en extremo desagradable.

—No cabe duda ya,—exclamó el sábio observando estos detalles,—preciso es que lo que dice aqui, sea de grandísima importancia.

—¿Porqué?—preguntó Magno.

—Por que está escrito sobre piel humana.

—¡Sobre piel humana!

—Ni más ni menos, querido. Si alguna duda de ello me hubieran dejado su aspecto, sus manchas, sus asperezas, la hubieran disipado su manera de arder y el insoportable olor que despiden.

—¡Piel humana!—repitió Magno con asombro,—¿pues que, maestro, se ha empleado alguna vez para forrar libros?

—Si,—respondió Wolfang,—el médico inglés Askew, célebre bibliomano que llegó á reunir todas las ediciones de Homero, habia hecho encuadernar de esta manera un ejemplar de la Iliada, pero á escepcion del título del poema y del nombre del autor, nada habia escrito sobre la cubierta. Acaso era tambien de hombre, la piel sobre que, segun Flavio Josefo, estaban escritos los libros santos enviados por Eleazar á Tolomeo Filadelfo. Fuera de estos dos casos, creo, querido Magno, que nuestra pobre envoltura no ha servido más que para pasto de los gusanos.

—¿Y estos caracteres, maestro?

—¡Ah estos caracteres! estudiémoslos.

Magno encorvado, como el viejo, sobre la cubierta del *Erasmo*, púsose á examinar de nuevo las letras del fantástico pergamino, cuya importancia crecia para él á cada momento. Aguardaba con tanta ánsia á que hablase Wolfang, como si su dicha dependiera de la solución de aquel extraño geoglífico.

## XI.

—¡Pardiez!—exclamó el sábio tras algunos minutos de silencio,—estos caracteres son rúnicos y si he tardado algun tanto en reconocerlos, es porque pertenecen á la variedad escandinava ó marcomana. Pero es muy difícil, esplicar inmediatamente lo que quieren decir. Esas tres letras,—y señalaba con el dedo tres signos colocados sobre los diez ó doce renglones que cubrian el pergamino,—son las tres primeras del alfabeto rúnico y llevan el nombre de las tres grandes divinidades escandinavas Frer, Thor y Odin. Ahora bien, ¿forman reunidas una palabra cuyo sentido no comprendo, ó son una invocacion á aquellos terribles númenes? Eso es lo que no me atrevería á decidir. En todo lo que sigue, las letras están colocadas de manera que no forman palabra alguna que me sea conocida. Acaso el autor de tan singular escrito, no creyó bastante seguro su secreto bajo la tinta simpática, y para ocultarlo más aun, dió á las letras un valor puramente convencional. Cuanto más examino los grupos que forman, más me afirmo en esta opinion. ¿Veis estos signos que aqui se hallan repetidos tantas veces? pues son las dos consonantes menos usadas de todo el alfabeto rúnico. Lo mismo sucede con este otro. Rara vez se le suele encontrar ni aun en las inscripciones votivas y funerarias que tanto abundan en la provincia sueca de Upland, y en estos doce renglones aparece escrito cincuenta y siete veces. Para mí es evidente que no tiene su valor real, pero ignoro cual es el que se le ha querido dar. En fin, creo que no conseguiremos traducir literalmente este manuscrito, sino apelando á las hi-

tensa, ¡parecía acostumbrada á leer en el fondo del alma á través de la careta del rostro. La nariz, de severo corte y líneas correctas, daba á su grave fisonomia cierto aire de austeridad, que venian á suavizar dos lábios gruesos, y de continuo entreabiertos con bondadosa espresion. Vestía un traje negro que contrastaba agradablemente con su blanquísima cabellera y realizaba la belleza de su venerable figura. Wolfamg habia vivido siempre entregado al estudio, pero sin olvidar por eso lo que á si mismo y á los demás debía, sin dejar de cumplir sus deberes sociales, porque todas sus investigaciones habíánlas dirigido no el orgullo de la ciencia, sino el afan de ser útil. Era en una palabra la personificacion del trabajo en lo que tiene de más sublime y santo, en el amor á la humanidad.

Magno, despues de cerrar la puerta de la calle, siguióle á su despacho, vasta pieza atestada de libros por entre los cuales se llegaba no sin trabajo hasta la mesa de estudio.

Apesar de que la lumbre chisporroteaba en la chimenea, reinaba en aquella habitacion una atmósfera fria, pegajosa y viciada por los miasmas que exhalaban los libros. Solamente un sábio, porque cada clase tiene sus privilegios, hubiera podido permanecer allí mucho tiempo sin grave peligro de contraer una enfermedad.

Pero Magno tenia que hacer algo más importante que el averiguar si el aire que se respiraba en aquella pieza, estaba ó no estaba compuesto esclusivamente de oxígeno y de azoe. Apenas entró, cuando bajando el embozo de su capa, fué á apoyarse en un ángulo de la mesa, junto al sábio amigo de su abuelo.

## X.

—¿Y bien, que es ello, hijo mio?—preguntó Wolfamg clavando en el jóven, su mirada inteligente y bondadosa.—¿Por-